

Vina Jackson

Ochenta melodías de pasión en ámbar

Suena la música para el baile más sensual

Traducción:

MARTA ARMENGOL ROYO



MAEVA

1

Bailando con los chicos malos

Siempre me atrajeron los chicos malos.

Y, cuando crecí, los hombres malos.

Hacía seis meses que había dejado a Chey, y me encontraba en Nueva Orleans. Diciembre llegaba a su fin, y mi mente daba vueltas como un derviche tratando de imaginar cuáles serían mis propósitos para el nuevo año cuando el reloj diera las doce en Nochevieja. Tan pronto mi mente se quedaba en blanco como una maraña de ideas y emociones revoloteaba por mi cabeza como una bandada de pájaros al vuelo, aunque era incapaz de atrapar ninguno. No podía serenarme ni concentrarme.

Me aburría. Mi vida se había convertido en una repetición incesante de bailar, comer, beber, dormir, algún polvo, viajar, bailar de nuevo, comer, beber, dormir, y así sucesivamente.

Echaba de menos a Chey.

Echaba de menos a los hombres malos y a los chicos malos.

Aunque era invierno, el calor persistía en el aire, húmedo y fragante. Mientras mataba el tiempo dando un paseo por las callejuelas estrechas pero hermosas del Barrio Francés, la brisa que se alzaba del cercano Misisipi me

acariciaba los brazos desnudos. Parecía irreal, como si yo formara parte del sueño de otra persona. Hacía menos de una semana que había celebrado la Navidad con Madame Denoux y habíamos comido en la terraza de su casa junto al lago, con algunos familiares y amigos. Uno de los hombres presentes, que era primo lejano suyo, me acompañó de vuelta al centro de la ciudad en su coche y, al deslizarnos sobre el puente bajo que cruzaba el inmenso Pontchartrain, me sentí como si casi pudiera rozar la superficie del lago con solo alargar un poco el brazo a través de la ventana abierta. Parecía un espejismo, con las luces del Vieux Carré parpadeantes en el horizonte, y la alegre decoración navideña que colgaba de las fachadas de las casas de la orilla. Me acosté con él y me llevé una decepción. Un amante torpe y poco generoso. No me quedé a desayunar en su céntrico apartamento de Magazine Street. Regresé a pie a mi casa, en Canal Street, a través del desierto distrito financiero, con el vientre hambriento. Pero no de comida.

Nueva Orleans era un lugar tan extraño... Muy diferente a Donetsk, donde nací, y donde todos los edificios eran cuadrículas de líneas rectas absolutamente funcionales, y el único horizonte que se divisaba era una hilera irregular de chimeneas de fábricas que escupían día y noche bocanadas de humo negro.

El club de Madame Denoux había cerrado durante cinco días por Navidad, pero ese día tocaba regresar a la realidad y volver a bailar.

Al entrar en el camerino, intenté recordar las navidades y nocheviejas que había pasado en Ucrania, pero no guardaba ningún recuerdo en particular. Todo era una nube desdibujada. Ya había tres mujeres en el camerino en varios estadios de desnudez, retocándose el maquillaje frente a los grandes espejos; algunas se recolocaban sus disfraces,

otras ajustaban tirantes aquí y allá o regaban sus cuerpos con perfume, se empolvaban o hacían malabarismos con bisutería barata. Yo venía de California y, antes de eso, de Nueva York, y todas mostraban suspicacia ante mi presencia y mi experiencia en la gran ciudad, y también ante el hecho de que Madame Denoux me hubiera elegido a mí para el número principal antes que a ellas. Me consideraban bella y distante, una mala combinación en lo que respecta a hacer amigos. Pero es que yo era hermosa, la gente me lo decía desde que era una niña, y era algo que daba por supuesto. Siempre había vivido según mis propias reglas, sin necesidad de amigas. Tenía poco en común con ellas. Y ellas lo sabían tan bien como yo.

Di la espalda a las otras mujeres y me desnudé con sus ojos clavándose en mi espalda como puñales. Todas me miraban, su atención fija en la hendidura entre mis nalgas, en la ligera protuberancia del coxis cuando me incliné para desabrocharme las sandalias. Que me miraran. Estaba acostumbrada. Muy acostumbrada.

La música de la sala nos llegaba como un zumbido a través de los altavoces: «Minnie the Moocher», de Duke Ellington. Era la señal de Pinnie para salir a escena. Era una mulata bajita y llena de curvas, preciosa. Tenía una reluciente melena negra que le caía hasta la mitad de la espalda en la que le gustaba envolverse mientras bailaba, tentando con ella a los espectadores cuando cubría parcialmente sus pezones cobrizos como una cortina provocadora. La otra característica que la hacía única era que llevaba el vello púbico completamente al natural, exuberante; se extendía sobre su sexo con la ferocidad de un animal de la jungla. Tenía un lunar en medio de la frente, y en lugar de ocultarlo o distraer la atención hacia él, lo resaltaba con un flequillo tan recto y geométrico como si se lo hubieran cortado a cuchillo. Era la única bailarina que me

trataba con amabilidad e intentaba entablar conversación entre los números, mientras las demás me ignoraban deliberadamente. Igual que yo a ellas.

Faltaba por lo menos una hora hasta que llegara el momento de mi actuación. Yo era la última en bailar.

Saqué el libro que estaba leyendo de mi capacho, me acomodé en mi sillón y me abstraje por un momento del entorno. En los últimos tiempos, leer novelas se había convertido en mi mayor adicción. Esta trataba de un circo. Era barroca y llena de color. Nunca he sido muy aficionada al realismo. Ya tuve suficiente con las lecturas obligatorias de la escuela, edificantes e interminables tomos sobre las tribulaciones de la humanidad con las que nunca me había identificado.

Alcé la mirada al oír cómo la música se atenuaba al final de una canción, «Into the mystic», de Van Morrison, y Sofia regresó al camerino echando pestes porque había tenido un pequeño incidente con el vestuario durante su actuación. La mirada que me lanzó antes de sentarse en su tocador y empezar a quitarse el maquillaje era de pura maldad, como si el accidente hubiera sido culpa mía, porque el traje que yo llevaba para mi número era muy simple y no me molestaba con velcros, hebillas, cierres de apertura rápida, botones o cremalleras.

Aún tenía cinco minutos antes de subirme al escenario, así que cerré los ojos. Me puse en situación. Hacer *striptease* no tiene nada de sensual. Es solo un trabajo; pero cuando conseguía hacer desaparecer lo que me rodeaba, encerrarlo en otra dimensión, flotaba a través de mi número como si volara con alas invisibles. Durante el último año había usado *La mer* de Debussy como banda sonora, y conocía de memoria cada ola de ese mar imaginario, cada curva sensual de la melodía. Era la pieza musical favorita de Chey. Siempre le había gustado el océano. La

primera vez que bailé con esa música fue para él. En privado.

Bailar, desnudarse, exponerse, se convirtió en una ceremonia secreta en la que yo era al mismo tiempo carnero sacrificial y suma sacerdotisa enarbolando la daga fatal, una fantasía en la que me refugiaba, un mundo que habitaba hasta que se terminaba la música.

Desconecté.

Como siempre.

Oí mi señal desde muy lejos, mientras Madame Denoux ponía mi canción en el reproductor y el silencio inicial llenaba los altavoces. De puntillas, me acerqué al zumbido casi inaudible del escenario en la oscuridad, y me coloqué en posición.

Conecté.

Y entonces, el público jadeó de asombro.

Cada noche recibía la misma respuesta y sabía que, a poca distancia, oculta entre bambalinas, Madame Denoux sonreía.

Primero, solo unos movimientos infinitesimales. Como si estuviera reuniendo energías, retirándome a ese lugar interior donde no había nada más que quietud y un núcleo en perpetua ebullición, un poder invisible que esperaba a que yo lo recogiera, lo enviara a todos los rincones de mi cuerpo y lo pusiera en acción. Yo era la marionetista que movía mis propios hilos.

Durante el primer minuto, imitaba la sensación de la brisa soplando sobre la superficie de las olas; las gotitas casi invisibles de agua y bruma que flotaban en el aire cuando el día prometía tormenta; la atracción constante de la marea; un simple gesto de mi brazo aquí, un movimiento de mi muñeca allá, una onda de mis caderas a tiempo con un aumento en la intensidad de la música; el suave y triste sonido de la flauta dulce fundiéndose con

el apacible rasgueo del harpa y el tamborileo de la percusión, como una suave lluvia que empezaba a caer, la primera señal de la tormenta que arreciaba.

Entonces empezaba el segundo movimiento: las notas más tenebrosas del clarinete y el oboe, un tambor quedo, la primera señal del trueno que se avecinaba; la energía removiendo el agua, y a mí; el oleaje que se hacía más alto, y mis movimientos, en consonancia, más enérgicos, más rápidos, más atléticos.

Ahora tenía al público casi invisible en mis manos, igual que al ritmo. Podía relajarme, mirar a mi alrededor, pensar. Conocía cada paso; cada balanceo al son de la música estaba tatuado bajo mi piel. Iba al compás con el latido de mi corazón y el fluir de mi sangre y me llevaba, sin pensar, hasta el final del número, no como si me arrastraran las olas, empujada caprichosamente por el diálogo incesante entre el viento y el mar, sino como si fuera el jinete de la tormenta, el director de orquesta, la responsable de la ondulación del océano.

A veces, no era tan romántico. Era una cuestión de práctica. Chey decía eso de casi todo.

Siempre era cuestión de práctica, de sangre, sudor y lágrimas. Pero por fuera parecía innato, lo sé. Podía verlo en la forma en que los espectadores mudos me miraban, en sus caras de deseo, como si fueran jueguistas que hubieran venido a ver a la mujer barbuda o al ilusionista del libro que estaba leyendo, inconscientes de todos los demás engranajes de la maquinaria, de cada paso desde la entrada hasta la taquilla, el olor y el sabor de cada refresco del bar, la calidad del aire, el atuendo de Madame Denoux, sus elaborados y siempre elegantes trajes, su máscara blanca, la forma peculiar en que se conducía, una languidez estudiada y perfeccionada que la hacía parecer una mística cuando en realidad era una mujer normal como las demás,

por más que se ganara la vida vendiendo los cuerpos de otras mujeres.

Esa noche no había tanta gente como yo había esperado. Era Nochevieja, y Nueva Orleans ya se había convertido en la ciudad de la fiesta. El aire hervía de expectación, la promesa de un final que colisionaba con un principio flotaba en el ambiente, y todos los habitantes de la ciudad habían salido para ver morir el año viejo y nacer el nuevo. Era la única vez en que toda la gente de la calle se convertían en iguales: los criminales, los turistas, las prostitutas y los niños limpiabotas; todos unidos en la sensación de que sus vidas se esfumaban en la noche, apagándose junto al año que se iba como los fuegos artificiales que florecían sobre el Vieux Carré e iluminaban el cielo durante un breve instante para después desaparecer, dejando atrás destellos de belleza, el recuerdo de haberlo pasado bien y, en la mayoría de casos, una resaca.

Me pregunté qué es lo que yo dejaba atrás. Ser bailarina no era como ser músico. Nadie grabaría mi contribución a la noche para después reproducirla. Me olvidarían, cada uno de mis pasos de baile suspendido en el tiempo durante una fracción de segundo, reflejado en las caras del público, tal vez grabado a fuego en su recuerdo si les gustaba lo suficiente, pero nunca repetido de la misma manera.

Dos espectadores llamaron mi atención. Una pareja entre las pocas presentes. Distinta a las demás. Las otras mujeres, acompañadas de sus maridos o amantes, parecían aburridas, ya lo habían visto todo y más, o se mostraban incómodas, celosas, temerosas de lo que sus hombres querrían hacerles en casa después de verme en escena, conscientes de la forma en que sus cuerpos se movían al desnudarse, de cómo colgaban sus pechos bajo el peso inevitable del tiempo y la gravedad, de la blandura de sus muslos.

Pero aquella pelirroja del vestido negro tenía fuego en los ojos llenos de ardor. Su cuerpo estaba en tensión, y con el brazo estirado agarraba el muslo de su acompañante como un torno mientras seguía cada preciso movimiento de mi cuerpo. Y él no me miraba a mí, la miraba a ella mirándome a mí, la vista fija, como un león que acaba de descubrir a una gacela solitaria en medio de una pradera. Tenía el pelo grueso y oscuro, la espalda ancha, un torso compacto y cincelado y un aire de confianza, seguro pero no arrogante. Como Chey.

Giré sobre una pierna para poder verlos mejor, aunque fingía ignorar a mi público. Madame Denoux siempre lo recomendaba, pero pocas chicas le hacían caso. Baila como si nadie te estuviera mirando. Los espectadores quieren sentirse como mirones, como si estuvieran presenciando un momento íntimo, como si le robaran algo personal y prohibido a la bailarina. De lo contrario, no eres más que una chica que se desnuda por dinero y eso no tiene nada de especial.

Aquella chica que me miraba junto a su apuesto acompañante tenía algo. Me recordaba a mí. La forma en que apreciaba mi cuerpo. Cómo devoraba la teatralidad del número. Se imaginaba en el escenario, se preguntaba cómo sería tener a toda esa gente mirándola a ella en lugar de a mí. Y a Madame Denoux no se le había escapado. La había visto merodeando a su alrededor, me imaginaba que debía de estar haciendo sumas, siempre haciendo cuentas, sin dejar escapar jamás la oportunidad de vaciarle los bolsillos a un hombre o encontrar una chica nueva para su colección, como me encontró a mí.

¿Fue la expresión de la pelirroja, o el hombre que me recordaba a Chey, o la forma en que una nota conducía la melodía hacia una sutil variación, por más que conociera la música de memoria? No hubiera podido decirlo.

De repente, los recuerdos volvieron de golpe, sin que yo lo quisiera. Fragmentos de mi pasado se desplegaban sobre un fondo negro, imágenes que se sucedían a toda velocidad como si me hubiera drogado. Vívidas. Dolorosas.

Las caras de mis padres la última vez que los vi con vida. Diciéndome adiós con la mano mientras su coche se alejaba en la distancia por la carretera sin asfaltar que salía del instituto agrícola donde vivían y trabajaban. Yo tenía cinco años. Mi padre dirigía el instituto, y mi madre trabajaba como investigadora en el laboratorio con cultivos experimentales. Ahí fue donde se conocieron y se enamoraron. O eso es lo que me habían contado siempre mis familiares.

Él era un ingeniero, de San Petersburgo; ella, una chica de la región de Donbass. A él le destinaron a Donetsk para un puesto temporal, que se convirtió en permanente una vez que se casaron y tuvieron a su primer hijo. A su única hija. Yo.

Sé que fui muy deseada y querida, y ahora me duele horrores que los recuerdos de mis padres y mis primeros años se estén difuminando en la nada cuanto más me alejo de aquel pasado. Guardo el recuerdo vago de un huerto, algunos de mis juguetes, pero se me escapan sus voces, las nanas tranquilizadoras que mi madre me cantaba para dormirme. Lubachka, creo que me llamaba cariñosamente. Pero ahora esos recuerdos, esas canciones, están enterrados a mucha profundidad y soy incapaz de recuperarlos, ni puedo rememorar su sonrisa, ni el aire severo y profesional de mi padre.

Ni siquiera sé de qué color tenían los ojos. Y los falsos recuerdos generados por las pocas fotografías que conservo de mis padres son todos en blanco y negro.

Me contaron que el conductor del camión que chocó contra su coche en la autopista de Moscú estaba borracho. El camión articulado, que transportaba un cargamento de material de construcción, perdió el control. No era ningún consuelo saber que él también había muerto en el accidente, aplastado en la cabina por enormes bloques de cemento que se soltaron de la parte de atrás. Los tres murieron en el acto. En mitad de la noche.

Fui a vivir con mi tía, la hermana de mi madre. Estaba divorciada y no tenía hijos, y también vivía cerca de Donetsk. En su juventud había querido ser bailarina de ballet, y convirtió en su objetivo vital conseguir que yo siguiera sus pasos; me animaba a bailar e hizo grandes sacrificios de dinero y ocio para que yo pudiera cumplir su ambición y triunfar donde ella no fue capaz.

Me apuntó a la academia de danza local, y tomaba clases después del colegio tres veces por semana, además de los fines de semana. Para pagar mis clases, mi tía se vio obligada a dar clases de piano todos los sábados en nuestro piso, cosa que significaba que esos días yo tenía que ir a pie hasta la escuela de danza, a más de cinco kilómetros de distancia, nevara, hiciera sol o lloviera. Empecé a tener que hacer ese viaje con regularidad también después de la escuela, cuando su viejo coche comenzó a fallar y ya no podía venir a recogerme.

Tenía mucho tiempo para soñar despierta.

Naturalmente, como la mayoría de niñas de la URSS, y mucho más de Ucrania, soñaba con convertirme en *prima ballerina*, y me decían a menudo que tenía el talento natural necesario. Pero ¿tenía también la disciplina y la ambición?

Aquello no estaba tan claro.

Era perezosa y poco dispuesta a aprender los pasos clásicos, detestaba su rigurosidad; prefería perderme en

la música e improvisar movimientos que se me ocurrieran de forma natural y no formaran parte de una de las coreografías que nuestros severos profesores trataban de grabar en nuestras pequeñas cabezas.

–Lubov Shevshenko –me gritaban una y otra vez–, eres incorregible. ¿Qué vamos a hacer contigo?

Creo que tenía once años por aquel entonces, y logré aprobar los últimos exámenes y obtener una plaza en la prestigiosa Escuela de Arte y Danza de San Petersburgo, el lugar de nacimiento de mi padre. Ya no tenía familiares allí y, por ser huérfana, me concedieron una pequeña beca para cubrir mis gastos, aunque no me dieron a elegir y tendría que vivir en una residencia para estudiantes de provincia perdidos en la ciudad, un antiguo edificio de la Policía secreta que habían convertido en una escuela para los desfavorecidos.

La idea de vivir sola no me intimidaba; la vida con mi tía se había convertido con los años en una serie de silencios y malentendidos. Desde el día en que me acogió me había tratado como a una adulta, cuando yo quería seguir siendo una niña.

Tirarme de cabeza a la piscina y tener que compartir dormitorio con siete niñas más, la mayoría mayores que yo, fue una experiencia algo traumática. Venían de Siberia, Tajikistan, había un par que también eran ucranianas, y otras de los países bálticos, con sus pieles perfectas, pómulos altos y dientes podridos. Enseguida me di cuenta de que no tenía nada en común con la mayoría. Solo dos de nosotras íbamos a la escuela de danza; las demás estaban repartidas por diferentes institutos, y ninguna de ellas tenía aspiraciones artísticas, así que Zosia y yo destacábamos.

Ni siquiera podía fingir que nos hicimos amigas. Como mucho, desde la ventaja de los dieciséis meses que me

llevaba y los pechos que empezaban a crecerle, me toleraba; mi presencia le resultaba conveniente como mensajera, esbirro y facilitadora. Luba, pequeña ayudante en toda materia ilegal o ilícita, como meter cigarrillos en el dormitorio, o esconder el maquillaje prohibido de las demás bajo mi colchón. Mis primeros pinitos en el mundo del crimen...

Pocos años después de mi llegada a San Petersburgo, Zosia se quedó embarazada. Se veía con un chico del instituto de física y yo, por supuesto, encubría sus ausencias cuando iba a verlo. Ella solo tenía dieciséis años. Cuando la descubrieron, las consecuencias fueron fulminantes. Un día estaba allí, y al siguiente ya no. Expulsada de la escuela y devuelta a su familia de los alrededores de Vilnius como un paquete sucio. Nos contaron que un familiar suyo tenía una grave enfermedad y se había visto obligada a regresar, pero nosotras sabíamos la verdad.

Casi dos años después, cuando estaba en mi último año en la Escuela de Arte y Danza y pensaba que después de graduarme obtendría una plaza en el cuerpo de ballet en una de las pequeñas compañías de danza de la ciudad, recibí una carta de Zosia. Había tenido un niño, llamado Ivan, y estaba casada con un hombre mayor que trabajaba en el ayuntamiento. Decía que era feliz, y adjuntaba una fotografía de su familia. Se había tomado en un jardín con árboles que parecían esqueléticos, e incluso la hierba era de un verde enfermizo. Zosia tenía por aquel entonces casi diecinueve años, pero a mí ya me parecía una anciana; aparentaba muchos años más de los que tenía en realidad, con los ojos hundidos, el pelo sin brillo, el lustre de su juventud perdido para siempre.

Ese día me juré que jamás me casaría ni tendría hijos.

Durante aquellos años, teníamos clases normales por la mañana: gramática rusa, literatura rusa (mi preferida), aritmética, y después matemáticas y geometría, historia, geografía, educación cívica y otras asignaturas en las que me distraía soñando despierta. Las tardes estaban llenas de clases de ballet, entrenamientos y ensayos. Cada una de nosotras tenía tres trajes de danza, uno reservado únicamente para las actuaciones, en las que la pieza que llevábamos meses ensayando podía por fin ver la luz en un festival. Nunca me habían dado un solo, y parecía destinada a ser un pequeño cisne bailando eternamente en el conjunto del cuerpo de ballet. Aunque yo me sentía más un pato mareado. Oh, ¡cómo odiaba a Tchaikovsky!

Los sábados también teníamos clases de ballet, así que el único día libre que se nos concedía era el domingo. Sin embargo, la mayoría de las mañanas de domingo estaban reservadas a lavarnos la ropa, planchar, remendar y ordenar el dormitorio, solo nos quedaba el domingo por la tarde. Lo más habitual era que fuéramos al cine y a la heladería del barrio. Allí teníamos la oportunidad de encontrarnos con chicos antes de nuestro toque de queda: las ocho para las menores de quince años, las nueve y media para las mayores. El toque de queda se observaba con severidad, y la desobediencia se castigaba con la pérdida de privilegios de fin de semana.

Chicos...

¿Cómo no iba a interesarme por ellos, después de tantos años –los años de la adolescencia se hacen eternos– viviendo junto a siete mujeres, en un mundo de falsas confidencias, exageraciones, hormonas en ebullición y envidia? Nos vigilábamos las unas a las otras con la intensidad de los halcones, muertas de curiosidad, alimentando nuestros celos como si no hubiera un mañana. ¿Quién era la más guapa, la más alta, la que tenía los pechos más

grandes? Algunas ocultaron la llegada de su primer período, mientras otras lo proclamaron a los cuatro vientos. Yo, la huerfanita ucraniana, no era el patito feo de la banda. No era la más alta, ni la más vistosa, ni fui la primera ni la última en menstruar, pero siempre supe que era especial. Me di cuenta de que, al contrario que mis compañeras, ambicionaba ver mundo, mientras ellas solo pensaban en el futuro inmediato, el éxito académico de algún tipo y las perspectivas de un buen matrimonio. Todo lo que me rodeaba susurraba que en la vida había algo más que eso.

El sexo...

Un tema de conversación muy frecuente durante las largas noches en un dormitorio femenino. Una cháchara constante que continuaba en los vestuarios, las salas de ensayo, las duchas y el muro de ladrillo que había detrás del edificio, y que sabíamos que ningún adulto se molestaba en vigilar con mucho celo. Allí era donde nos turnábamos para fumar cuando conseguíamos cigarrillos americanos.

Al ser una de las más jóvenes, me convertí en una mirona. Durante aquellos años, todas mis compañeras de habitación florecieron, pero, a pesar de mis clases de ballet, y de las duras sesiones de ejercicio a las que me sometía, al principio me costó deshacerme de las formas infantiles. Todo el mundo me decía que tenía una cara preciosa, pero mi cuerpo tardaba en emerger de su capullo. Y así, en las duchas comunes, me sentía como una espía, con el agua resbalando por mi cuerpo mientras no dejaba de observar los cuerpos de las demás: las curvas de sus caderas, la caída de sus pechos, el volumen de sus traseros, mientras yo seguía siendo un saco de huesos envuelto con piel flácida, sin definición ni gracia.

Oh, cómo hablaban cuando se apagaban las luces, sobre los chicos que conocían y los que conocerían, y las cosas que

harían con ellos. En silencio, yo escuchaba, intentando discernir la verdad de las mentiras, a veces absolutamente estupefacta; otras, ardiendo por dentro con toda aquella información tabú que recibía. Estaba convencida de que algún día me uniría a ellas. Me convertiría en una adulta, en una mujer.

La heladería de la avenida Lugansk era donde solíamos pasar el rato, una reliquia de la época estalinista. Nueve de cada diez veces solo tenían helado de vainilla, que ni siquiera era natural y dejaba un regusto químico en la boca, pero las dos ancianas que la regentaban –en representación del Estado, por supuesto– nos dejaban quedarnos durante horas, intercambiando cotilleos y consejos de maquillaje y encontrándonos con los chicos de fuera de la ciudad que traficaban con medias de nailon y a menudo robaban besos a las chicas mayores, no como pago –el pago en metálico era inevitable– sino como una especie de propina para garantizar que volverían a vendernos esas medias que eran imposibles de encontrar fuera del mercado negro.

Luego, cuando nos hicimos mayores, algunas de las chicas empezaron a pavonearse de dar a los hombres algo más que un beso.

En cualquier caso, yo no podía permitirme comprar medias de ningún tipo, así que para mí todo aquello no era más que una experiencia educativa. Luego, desde que me vino el primer período, cada vez que visitaba la heladería de Lugansk me ruborizaba mientras un curioso zumbido ronroneaba en mi bajo vientre y se me disparaba la imaginación. También hacía que el sabor de la falsa vainilla fuera más tolerable.

Un año después de la partida repentina de Zosia, llegó una chica de Georgia a sustituirla, Valentina.

Valya era una salvaje, siempre metiéndose en problemas, no por maldad, sino porque era traviesa y provocativa. Fue ella quien me instruyó en el arte de practicar felaciones, que, insistía, gustaban mucho a los hombres y a las chicas nos daban línea directa a su corazón o, como yo descubrí más tarde, a su entrepierna. No dejaba de bromear con que yo nunca sería una rusa de verdad hasta que no supiera chupársela a un hombre. Llegó incluso a robar plátanos de la cocina, en las contadas ocasiones en que nuestros apreciados camaradas cubanos tenían a bien mandar por barco un cargamento a cambio del apoyo moral que les brindábamos, según los periódicos y el Comité Central.

Al principio me interesaba más por el sabor y la textura celestial de los plátanos, pero Valya insistía en que practicara durante horas y horas hasta que me declaró preparada para hacerlo de verdad.

Se llamaba Boris, o Serguey. No recuerdo su cara con detalle, ni su nombre. Porque después de Boris –o Serguey– vino Serguey –o Boris– unos días más tarde, puesto que enseguida me hice reincidente. Estudiaba –estudiaban– en el instituto técnico cercano. Yo tenía dieciséis años, y supongo que él sería un año o dos mayor. Valya organizó nuestra cita, anunciando mi disponibilidad y, sin duda alguna, embolsándose algunos rublos por el servicio. Nos encontramos en la heladería. Recuerdo que era un día en el que tenían sabores adicionales, y elegí el helado de fresa silvestre además de la clásica vainilla con regusto químico. Pagó él. Más tarde, caminamos de la mano hacia la pared roja de ladrillo detrás de la escuela mientras Valya vigilaba. Él se desabrochó el cinturón que le rodeaba la cintura y se bajó el raído pantalón de pana hasta las rodillas. Su ropa interior era de un tono entre blanco y gris. Me miró a los ojos. Parecía aún más

aterrado que yo. Cautelosamente, tendí la mano hacia su entrepierna y le tomé el pene a través del algodón gastado. Estaba blando, desinflado, como un mal corte de carne. Él se quedó petrificado. Por un momento, no supe qué hacer, por más que había ensayado con Valya para prepararme para ese momento.

Y entonces recordé. Me puse de rodillas. El suelo estaba frío. Aparté el calzoncillo y vi por primera vez un pene. El espectáculo era tan terrorífico como fascinante. No era como lo imaginaba. Más pequeño, tal vez. Inspiré profundamente. Un olor algo rancio me llegó a la nariz. Olor a hombre.

Entonces agarré el miembro de Boris —¿o era Serguey?— con la mano. Dio un respingo. Podía sentir cómo la sangre bombeaba en su interior.

Abrí la boca, me puse en posición, y acerqué el pene a mis labios.

Saqué la lengua y lamí primero el tronco, y después la gruesa vena que se perdía en el escroto, algo que Valya me había recomendado que hiciera si no estaba completamente erecto.

Una vez más, un temblor lo sacudió.

Finalmente, aspiré una bocanada de aire e introduje la punta en mi boca.

En pocos segundos, antes de que pudiera succionarlo, lamerlo, agarrarlo o hacer nada, sentí cómo crecía, llenándome.

Fue una revelación.

Cuando mis labios sujetaron con más firmeza aquel miembro que se endurecía por momentos, sentí su suave solidez, su textura resistente como de esponja.

Él gemía, aunque yo no estaba haciendo nada.

Mi mente iba a toda velocidad, almacenando la experiencia, tomando nota de cada sensación, diseccionando

mis sentimientos encontrados. Fue como entrar en un mundo nuevo.

Pero apenas duró más de un minuto, Boris –¿o era Serguey?– se retiró bruscamente de mi boca y eyaculó un hilillo blanco de semen sobre mi barbilla y el cuello de mi vestido. Turbado, me miró, balbució una disculpa y se subió los pantalones. Dio media vuelta y se largó, dejándome arrodillada como si rezara, aún boquiabierta y con la mente en ebullición.

–¿Qué tal? –me preguntó Valya–. ¿Divertido?

–No lo sé –le respondí con sinceridad–. Ha sido interesante, pero todo ha pasado muy deprisa. Me gustaría volverlo a intentar.

–¿En serio? –dijo Valya.

–No creo que hiciera nada mal –añadí–. Quizá fue culpa suya.

A la mañana siguiente, mientras me cepillaba los dientes, me miré detenidamente al espejo, y vi a una persona nueva. La niña había desaparecido. Por fin era una mujer quien me sostenía la mirada. Sé que una transformación así no ocurre de un día para otro, pero era como si hubiera cruzado un puente metafórico, una conquista triunfal.

Me di cuenta de que había obtenido un poder muy concreto sobre el pene de aquel chico, y que yo era quien más había disfrutado de la experiencia, a pesar de lo que decían las expectativas y la tradición.

El segundo, que pudo haber sido Serguey, ya estaba en erección cuando le bajé los pantalones, y su pene era incluso más bonito, recto como una regla, de un precioso color rosa, sin venas que lo afearan, y con unos pesados testículos colgando debajo.

Hasta sabía diferente.

Durante los meses que siguieron, guiada por mi curiosidad insaciable y una atracción profunda por el mundo

del sexo, me encontré con una gran variedad de penes. No tenía el menor interés por los hombres a quienes pertenecían. Solían ser chicos de la zona, a menudo groseros, toscos, torpes, bebedores en su mayor parte, que no despertaban en absoluto mi curiosidad. Pero no había dónde elegir.

En sueños, imaginaba a chicos malos más sofisticados, hombres elegantes con un instinto especial para el erotismo, que me seducirían con total impunidad y ansiarían mi inocencia desflorada. Quería jugar con los mejores, hombres cuyas voces hicieran que me temblaran las rodillas y que galvanizaran mis sentidos. Sabía que existían en algún lugar y que me estaban esperando, preparados para forzarme y excitarme. Pero hasta que llegaran a mí, tendría que conformarme con pueblerinos que no eran lo suficientemente malos, pero sí bastaban para probar lo prohibido.

Cuando se extendió por nuestro reducido círculo el rumor de mi voluntad y mi disponibilidad –para las feliaciones, se entiende–, vinieron corriendo. Pocos se dieron por satisfechos con eso, todos buscaban algo más, pero yo dejé las reglas muy claras. Mi cuerpo conservaría su misterio, y todo intento de sobrepasar mis límites supondría la inmediata pérdida de mis favores. Como es natural, ellos lo intentaron de todas formas, pero mi voluntad era implacable. Yo facilitaba sexo oral, y nada más. Y, por supuesto, nunca permití a ninguno que me tocara.

Los jóvenes rusos que tuve oportunidad de conocer parecían todos cortados por el mismo patrón vulgar, pero había oído rumores de que los extranjeros eran de otra especie completamente distinta. Nina, una de las chicas mayores, que tuvo una vez el privilegio de viajar a otro país para hacer una sustitución en el grupo de danza de una pequeña compañía itinerante, nos informó al resto de las chicas del dormitorio que los extranjeros no solo estaban mejor dotados, sino que además eran poetas.

En mi inmensa inocencia, aquello se convirtió en una misión. ¡Qué equivocada estaba! Por si fuera poco, a mi inseguridad se añadió la mala reputación, resultado de mi buena voluntad para satisfacer a los chicos, y cada vez me era más difícil hacer amigas. Por un lado, estaban celosas de mí, mientras que por el otro temían que un día pudieran robarles a sus hombres. La mente de las chicas funciona de formas misteriosas.

Pero aunque ahora ya no recuerdo las caras de mis chicos malos de Rusia, sí recuerdo con una sonrisa –una sonrisa traviesa– los penes a los que atendí en pro de mi educación para convertirme en una mujer de mundo. ¡Ay, mis chicos malos! Pronto me cansé de ellos, de su escasa originalidad y falta de vocabulario, y de su torpeza. Fue entonces cuando empecé a sentir el anhelo de conocer a hombres mundanos.

Decidí mudarme al extranjero en cuanto tuviera la oportunidad.

Sin la ayuda de Valya para coordinar a los hombres como hacía con los muchachos tras el muro de la escuela, mis descubrimientos sexuales llegaron a un abrupto final en cuanto abandoné San Petersburgo.

Hasta que llegó Chey.

Mi primer amante de verdad. El primer hombre que me penetró, que me poseyó.

Era un hombre, no un chico como los de la heladería. Sabía perfectamente qué hacer con su miembro y, aún mejor, conmigo. La vida junto a él me hizo egoísta en la cama; otros hombres, inferiores, me aburrían.

La relación con Chey me marcó de una forma tan permanente como el dibujo que más tarde me tatué en la piel; una pistola humeante, a unos centímetros del interior del

muslo, un lugar que la mayoría de mujeres guardan en secreto, solo para los ojos de los amigos y amantes más íntimos. Para entonces, ya había empezado a bailar desnuda, y la pistola de Chey se exhibía ante locales que se llenaban de gente noche tras noche. Veía cómo se iluminaban sus ojos al verla por primera vez. Podía apreciar su curiosidad inicial, sus miradas interrogantes que se preguntaban qué sería, tal vez una flor abriéndose, y después, la sorpresa cuando se daban cuenta de que tenía un arma bajo la piel, que señalaba otra arma, la más poderosa de todas: mi sexo. Y entonces, veía el apetito de los hombres, a veces también de las mujeres, que interpretaban aquel tatuaje como la señal de mi sensualidad extrema, de que era peligrosa en la cama o me gustaba que me hicieran daño. Que era una chica mala.

Pero yo no era una chica mala. Era la chica de Chey.

Recuerdo el día en que nos conocimos. Yo tenía diecinueve años, y acababa de llegar a Nueva York.

Animada por un profesor de danza bienintencionado, el año anterior me había presentado a las pruebas de acceso para la Escuela Americana de Ballet, en Lincoln Center, donde envié una cinta de vídeo.

Mi solicitud fue denegada.

Otra chica de mi curso sí que entró, pero ella venía de una familia con posibles. Su padre había ganado dinero rápido, comprando acero y fábricas de fertilizantes por un precio irrisorio durante el colapso económico de los años ochenta mientras el resto de la población se moría de hambre.

Era una chica inexpresiva, de miembros tan delgados como cerillas, pero tenía elegancia, y una flexibilidad evidente, una uniformidad de movimientos que debía de haber complacido al tribunal de selección.

Me quedé con su dirección, y la utilicé como contacto para solicitar el visado después de graduarme. A través de mi tía, que tenía familia lejana en Estados Unidos, conseguí ayuda económica. Me concedieron un visado de posgrado para tres meses, tiempo suficiente para orientarme y adquirir algo de experiencia laboral como camarera. Cuando expiró el plazo, pasé a formar parte de las calles de Ridgewood, Queens, un barrio lleno de emigrantes de Europa del Este. Eslavos, albanos, ucranianos, rumanos, todos llegaban en busca de una nueva vida en América, y acababan viviendo prácticamente la misma existencia que antes, aunque bajo la sombra de unos edificios diferentes.

Encontré un apartamento algo sórdido pero muy barato que quedaba cerca de una línea de metro con buena conexión a Manhattan, donde había encontrado trabajo en una cafetería-pastelería de Bleecker Street. El propietario era un francés llamado Jean-Michel que acababa de divorciarse y no daba importancia a mi estatus de inmigrante ilegal, pero sí a que fuera guapa y manejara sus pasteles con la mayor delicadeza. Los cruasanes y *pains au chocolat* que hacía eran los mejores del Village, ligeros y esponjosos, con un olor que era como un canto de sirena para los estómagos delicados, y los milhojas estaban para morir, así que se vendían solos. Yo siempre había sido muy paciente, quizá como resultado de no tener una ambición particular, ni un reloj biológico que contara los años, ni nadie que me metiera prisa o ante quien rendir cuentas, así que nunca me precipitaba a la hora de hacer los pasteles: dejaba que la masa de cruasán reposara el tiempo necesario antes de extenderla y untarla de mantequilla, voltearla y volver a extenderla, doblándola y apilándola cada vez, para finalmente añadir la mezcla de chocolate negro y cocer la masa en el horno hasta que la pastelería se

llenaba del aroma de dos docenas de *pains au chocolat* listos para exponer en una bandeja de cristal en el escaparate. Y Jean-Michel, cuyas manos a veces se paseaban libremente por mi trasero mientras me instruía en el arte pastelero, no me molestaba en exceso, siempre que tuviera claro que no le dejaría ir más lejos.

El otoño empezaba a dar paso al invierno, pero los días seguían siendo luminosos, y el cielo, azul. Los neoyorquinos habían empezado a llevar bufandas y guantes, preparándose para noches más frías, pero yo estaba acostumbrada a un clima mucho más gélido, y disfrutaba al sentir el aire fresco sobre mis brazos desnudos cuando bajaba caminando por West Broadway. Era el primer domingo de noviembre, y estaba sola en la tienda. Jean-Michel se había ido a correr el maratón de Nueva York, en un esfuerzo por librarse de los kilos que había acumulado al claudicar ante la mediana edad y al tamaño de las raciones en América, que habían hecho crecer su barriga en proporción con el volumen de sus cruasanes.

La campanilla de la puerta tintineó, y me dio un susto que por poco me hace soltar la bandeja de bonitos mostachones de color claro que había hecho durante toda la mañana, mezclando claras de huevo con almendra triturada y azúcar, y disponiendo la masa en perfectos círculos idénticos sobre papel de horno. Una vez horneados, los rellenaba y colocaba en elegantes cajas cerradas con cintas para vendérselos a las chicas de la ciudad que venían en busca de un premio dulce, o a maridos con complejo de culpa que no habían encontrado una floristería en su camino al metro.

Me quemé la punta de los dedos y la palma de la mano en mi precipitación por enderezar la bandeja antes de que los dulces cayeran al suelo. Irritada e impaciente, salí de la trastienda para atender a los nuevos clientes.

Chey.

–Deberías ponerte algo de hielo –dijo, señalando la línea roja de la quemadura que tenía en la mano. Me encogí de dolor cuando dejó las monedas sobre el mostrador, en lugar de en la palma de mi mano, por su cruasán de chocolate y un capuchino.

–Sí –repuse yo, porque no se me ocurría nada más que decir.

Vestía de forma informal, con la sudadera de una universidad, vaqueros y zapatillas de deporte. Su ensortijado cabello rubio tenía el mismo brillo que la paja bajo el sol que entraba por los ventanales del escaparate; parecía que venía de dar un paseo por Central Park, o por alguna de las calles que no estaban cortadas por el maratón.

Un look cien por cien americano, exceptuando sus ojos, que denotaban inteligencia, pero también frialdad. Me sostuvo la mirada cuando la apartó de mi mano. Sus ojos eran de un azul grisáceo, como el mar en un día nublado. No sabría decir por qué, pero no se correspondían con el resto de su atuendo ni con el sonido de su voz. No tenía acento de Nueva York. Había algo más, algo que no podía señalar.

Aquella ropa tan informal no iba con él, era como si hubiera despertado en la casa equivocada, junto al armario de otra persona.

Me estremecí al darle el cambio. Una moneda de veinticinco centavos.

Se sentó dentro del local, en uno de los taburetes de la barra junto al ventanal, y comenzó a hojear un libro tan deprisa que parecía increíble que lo estuviera leyendo, mientras yo, escondida entre el horno y el mostrador, observaba cómo agarraba el cruasán con la mano izquierda y lo mojaba en la espuma de la leche y en el cacao en polvo de su café, dejando pequeñas migas que se pegaban al borde de la taza.

Por la temperatura de los hornos, hacía mucho calor en la tienda, y al rato se quitó la sudadera; se le levantó la camiseta y dejó al descubierto durante un instante una espalda bronceada y musculosa y un tatuaje que recorría su costado derecho. Llevaba una camiseta de manga corta lo suficientemente ajustada como para revelar unos brazos bien torneados con músculos que se tensaron cuando se llevó la taza a la boca.

De repente, se dio la vuelta y me miró.

Y me di cuenta de que yo estaba conteniendo la respiración.